

Una mirada al Perú a partir de la experiencia vivida. Entrevista a Federico Prieto Celi

Tatiana Dextre Coello

Proforhum

El amor al Perú trasciende en el tiempo, como los ideales gestados en las páginas de la revista *Mercurio Peruano* que han sembrado en miles de personas la voluntad de aportar en pro del bien común. Federico Prieto Celi, periodista, canonista, ensayista y profesor universitario, es uno de esos valiosos peruanos partícipes de esta valiosa iniciativa editorial.

Conoció la publicación *Mercurio Peruano* cuando estudiaba letras en la Universidad Católica, y era dirigida por Víctor Andrés Belaunde. El segundo contacto con este medio fue cuando hace 25 años la Universidad de Piura asume su edición como parte del legado del maestro Belaunde; y pasa a formar parte del comité editorial, donde, inclusive, escribe algunos artículos y reseñas.

Doctor Prieto, ¿qué caracteriza esos dos momentos en que usted fue parte de *Mercurio Peruano*?

Creo que lo más importante en el caso de *Mercurio Peruano* es rescatar dos criterios: primero, el criterio patriótico, que evoca al original *Mercurio Peruano*, de la época previa a la independencia del Perú, y, el segundo, el criterio cristiano, que fue impreso por Víctor Andrés Belaunde y el equipo de intelectuales que lo acompañaron, y que se ha mantenido vivo también en los 25 años que lo ha patrocinado la Universidad de Piura.

¿Qué nos cuenta del trabajo cercano a Víctor Andrés Belaunde?

Lo conocí muy poco, pero mientras era estudiante de la PUCP tuve ocasión de escucharlo en alguno de los seminarios organizados por el Instituto Riva-Agüero. En cuanto a los contactos personales que tuve, puedo destacar aquella oportunidad en que asistí a un almuerzo con él, donde le preguntaron si había querido ser presidente del Perú y respondió que no, pero que sí había querido ser rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, mas no lo había conseguido.

También tuve oportunidad de entrevistarle sobre su labor en las Naciones Unidas, entidad en la que era representante permanente del Perú. Me hizo una descripción muy simpática sobre este organismo internacional, que corrigió después con su puño y letra antes de ser publicada.

Lo siguiente que supe de este gran hombre, que vivió muchos años y que defendió el criterio cristiano de la vida en un momento intelectualmente muy liberal, fue que murió en Nueva York, donde se ubica la sede de las Naciones Unidas.

¿En algún momento tuvo contacto con el profesor César Pacheco Vélez?

Sí, porque él fue el primer decano de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Piura y yo iba todos los años a dar clases allá. Nos encontrábamos en la universidad y en las reuniones del directorio de *Mercurio Peruano*. Era un hombre que había sido secretario de Víctor Andrés Belaunde. Había estudiado historia y era muy entretenido. Me evocaba a Ricardo Palma, en el sentido de que era muy aficionado a las anécdotas, siempre con un gran sentido del humor.

Hablando de usted, ¿qué nos dice de su vida dedicada al derecho, a la historia, a la fe y al periodismo?

Estudié Derecho Canónico muy joven y pronto saqué mi doctorado. Cursé Periodismo y luego lo convalidé con Ciencias de la Comunicación. En cuanto a mi experiencia profesional, he trabajado en paralelo en diversos medios de comunicación. Comencé en *La Prensa*, estuve después en *Expreso*, en el diario *El Sol* y un año en *El Nacional*. Tuve hasta tres experiencias en televisión. La primera en un programa de comentarios políticos en Canal 7, la segunda fue un proyecto dirigido por Julio Estremadoyro, donde compartía con Pancho Eguiguren, cuando se llevaba a cabo la segunda vuelta del proceso electoral disputado entre Mario Vargas Llosa y Alberto Fujimori, en 1990. En tercer lugar, trabajé un año en Canal 11 con Ricardo Belmont, donde aprendí de televisión. Pero lo mío siempre ha sido el periodismo de comentario político escrito, donde he tenido experiencias distintas y siempre muy interesantes.

Por otro lado, he trabajado en la administración del Estado, en el Ministerio de Trabajo, con Alfonso Grados Bertorini; también en el Instituto Nacional de Desarrollo, con Juan de Madalengoitia; en el Ministerio de Educación, con Jorge Trelles y otros ministros. Asimismo, en la Superintendencia de Salud, adonde me llevó Luis Felipe Isasi y me quedé con otros jefes. Además fui miembro de EsSalud en representación de la mediana empresa, nombrado por la Confiep.

He tenido muchos años de experiencia periodística, como cincuenta, y unos quince años recurrentes –diría yo– en la administración del Estado, con distintos gobiernos, en instituciones dedicadas a temas de educación, trabajo y salud.

¿Cuál ha sido la mayor satisfacción que le ha dado el ejercicio de periodismo?

El periodismo no da dinero, aunque en algunas oportunidades he ganado bien, pero sí da aventura.

Y ¿cuál diría que ha sido su más grande aventura?

Mi mayor aventura fue la que pasé en el semanario *Opinión Libre*, un periódico político dirigido por Guido Chirinos Lizares y Arturo Salazar Larraín, en la época del gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado. El gobierno expropió los diarios de circulación nacional. Entonces nosotros sacamos un semanario que editaba teóricamente 19,500 ejemplares, para cumplir con la norma dictada por el gobierno, que señalaba como tope la edición de hasta 20 mil ejemplares. Pero en la práctica llegábamos a vender hasta 45 mil ejemplares. El formato era como el del diario Última Hora. Todo era puramente político. Pero cuando iba a imprimirse el quinto número, el gobierno decidió cerrar el periódico y deportarnos a Buenos Aires.

Entonces el periodismo le dio la voz, pero también le trajo el destierro...

Esa es una aventura que no esperé tener y que me produjo un poco de susto, sin duda, y de agitación. Pero también me dio la oportunidad de conocer en el exilio a muchos políticos de diversos partidos que habían sido deportados como yo, y éramos bastantes.

Así traté a Alberto Franco, un aprista muy militante. De Acción Popular, a José María de la Jara; a Francisco Belaunde Terry, hermano del presidente Belaunde, y a Javier Arias Estela. También a gente de la Democracia Cristiana y algunos de izquierda. A periodistas, como el caso de Sofocleto, que trabajó muchos años con *El Comercio*, para luego pasarse a la izquierda y luego volver a la derecha con Luis Banchero Rossi, cuando trabajó en *Correo*, y después publicar su propio periódico.

Fue una gran experiencia, y la persona que me facilitó esos contactos fue, en gran medida, Alfonso Grados Bertorini, gobernador en ese entonces del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en Buenos Aires. Alfonso nos invitaba los sábados a almorzar y nos quedábamos toda la tarde conversando sobre los problemas peruanos. Convocaba a mucha gente; fue así que pude conocer a la gran Chabuca Granda.

¿Puede decirse que todo eso lo ayudó a ganar madurez para opinar sobre política?

No solo eso. Inicié mi carrera en el Estado en 1980 a partir de los años de amistad con Alfonso Grados. En ese año, luego de haber vivido muchos

años fuera del Perú, residiendo en Washington primero y luego en Buenos Aires, Alfonso Grados recibió el ofrecimiento del flamante presidente electo, arquitecto Fernando Belaunde Terry, para asumir la cartera de Trabajo. Fue así que me convocó para trabajar con él.

Nuestra amistad venía de tiempo atrás, cuando me lo presentó el conocido periodista Humberto 'Chivo' Castillo, con quien compartí en *La Prensa*, hasta que se fue a trabajar al diario *La República*. Fue en un viaje a Washington, cortesía del Departamento de Estado Americano, en el que coincidimos el 'Chivo', que iba por *La República*, y yo, por *La Prensa*. Durante nuestra estadía en esa importante ciudad, Humberto se comunicó con Alfonso Grados para almorzar juntos. Fue una comida muy grata e inicio de una gran amistad, que se cimentó aún más cuando Alfonso nos acogió como un gran anfitrión en Buenos Aires.

Fue el momento en que se distanció de la cátedra y del *Mercurio Peruano*...

Sí, para no involucrar en temas político-partidarios ni a la revista ni a la universidad.

Pero en realidad no era política partidaria, sino más bien un trabajo de Estado...

Esa es también una bonita anécdota. Yo nunca me inscribí en ningún partido. Tanto es así que cuando en 1985, trabajando para el Instituto Nacional de Desarrollo, con Juan de Madalengoitia, elaboré un libro sobre todos los proyectos de desarrollo de Fernando Belaunde, al presidente le gustó tanto que me ofreció la secretaría de prensa de Acción Popular. Su ofrecimiento me comprometió un poco, pero luego le mandé a decir con Juan que le agradecía muchísimo, pero que mi trabajo periodístico me exigía independencia, y por eso no quería involucrarme en un partido. Lo entendió perfectamente. Y es que siempre tuve clara la idea de no afiliarme a un partido para tener libertad de opinar.

Para que no lo acusen de parcializarse...

Cosa que no es tan fácil.

Le gusta mucho ejercer la libertad de opinar en política...

Sí, siempre he sido un periodista de opinión política. Me gusta mucho la columna diaria, la he mantenido siempre que he podido, especialmente en el diario *La Prensa*, donde estuve siete años, en el diario *El Sol*, donde fui colaborador, subdirector y director, y en el diario *El Nacional*, donde también tuve una columna diaria. En el diario *Expreso*, en cambio, fui jefe de suplementos. Tenía un artículo que salía semanalmente en el suplemento.

En cambio ahora, en los últimos años de mi vida, he escrito algunos libros, con los que he tenido distinta suerte.

¿Qué libro suyo le gustaría destacar?

El libro que me ha dado quizá la mayor satisfacción es *Así se hizo el Perú: crónica política de 1939 a 2000*, una crónica política del siglo XX que comencé en 1939 y terminé en 1999-2000, luego se amplió hasta el 2009 y ahora en la tercera edición complementaré con los hechos que van hasta el 2018, final del gobierno de Pedro Pablo Kuczynski. Las dos ediciones anteriores se vendieron muy bien. Veremos si sucede lo mismo con esta nueva edición.

Suena prometedor...

Es importante que los jóvenes conozcan nuestra historia más o menos reciente, aunque les parezca muy lejano. Mi objetivo es no solo hablar de los presidentes, sino también de aquellos personajes de primera línea de los que no se conoce mucho. Por decir, Alejandro Esparza Zañartu, que pasó de ser director de Seguridad Interior a ser ministro del Interior de Odría. Este señor es un antecedente muy claro del rol que cumplió Vladimiro Montesinos para Alberto Fujimori. Montesinos no es el único hombre considerado el más malo. Esparza, si bien no fue ni corrupto ni traidor, fue el hombre duro de Odría.

Otro caso es el del economista Pedro Beltrán, presidente del Consejo de Ministros del gobierno de Manuel Prado, y director de *La Prensa*, a quien le debemos la introducción de la moderna economía de mercado en el Perú. Sabiendo esto, no podríamos decir que quien trajo la economía de mercado al Perú fue Juan Carlos Hurtado Miller, Carlos Boloña, en el gobierno de Alberto Fujimori, porque quien la introdujo y aplicó de una manera clara en nuestro país fue Pedro Beltrán.

Un tercer ejemplo podría ser Eudocio Ravines. Todo el mundo conoce a José Carlos Mariátegui y lo presentan como el fundador del Partido Socialista y Comunista; efectivamente, fue fundador del Partido Socialista, pero el fundador del Partido Comunista fue Eudocio Ravines, porque Mariátegui ya había muerto. Este último fue efectivamente un socialista moscovita, partidario de Rusia, pero Rusia le dijo que no haga un partido comunista sino socialista, porque los gobiernos dictatoriales de la época metían en la cárcel a los comunistas. Y Mariátegui siguió el consejo.

Sin embargo, Ravines, años después, se desengañaría del comunismo y terminaría trabajando con Pedro Beltrán defendiendo la economía de mercado, para atacar al Partido Comunista, al Socialista e inclusive al Apra.

¿Qué otro de sus libros atesora más?

Un libro de educación que escribí como parte de la preparación del plan de gobierno de Lourdes Flores, cuando fue candidata a la Presidencia del Perú, y el último libro que he publicado, *La segunda independencia*, que es un repaso de la independencia del Perú, pero presentado con un estilo periodístico, y no histórico.

Usted fue secretario general del Ministerio de Educación y dirigió la Oficina de Formación Profesional en el Ministerio de Trabajo, me gustaría conocer su visión sobre la educación peruana.

Siempre me interesó analizar la situación de la educación en el Perú. Desde un punto de vista cuantitativo, reconozco que se ha venido dando una real evolución en la enseñanza. En el siglo XX, el presidente Manuel Pardo hizo obligatoria la educación primaria y puso escuelas de este nivel en todo el país. En los años cincuenta, el presidente Manuel Odría establece como obligatoria la educación secundaria y crea las grandes unidades escolares, que reemplazaron a los pocos colegios nacionales de secundaria que existían en las grandes capitales. Odría hizo grandes unidades escolares para que todos los muchachos pudieran llegar hasta quinto de secundaria.

A finales del siglo XX y comienzos del XXI de alguna manera se universalizó la educación superior en academias, institutos, universidades y posgrados. Aunque todavía hace falta mejorar mucho la regulación de los institutos superiores para darles mayor categoría y que la gente no quiera irse necesariamente a las universidades. También falta impulsar mejor una iniciativa que presentó Fernando Belaunde, la formación en oficios y carreras técnicas de mando medio, a través del Senati y Sencico. Porque falta una clase trabajadora bien preparada que gane bien y viva dignamente de su oficio.

Y ¿qué opina sobre la calidad de la educación peruana?

La calidad de la educación en el Perú se ha ido perdiendo desde el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado, hasta ahora.

¿Por qué razón?

Por varias razones. La primera tiene que ver con la solución que dio el gobierno militar a la brecha entre el crecimiento de la población y el número de instalaciones educativas. Se redujo la cantidad de horas de clase por alumno, se crearon dos turnos de clases, se limitó la cantidad de materias y horas.

Otra razón radica en el efecto negativo producido por la crisis posconciliar sobre los colegios religiosos más grandes. Al variar el tipo de educación religiosa,

los padres de familia, que buscaban mantener la calidad de la educación, retiraron a sus hijos de los centros religiosos e ingresaron a colegios de colonias extranjeras. Excelentes en lo académico o la infraestructura, pero sin una buena formación humana.

Por otro lado, las irregularidades y huelgas en el magisterio público trajeron como consecuencia un crecimiento del sector privado, tanto de colegios buenos –entendidos algunas veces como negocio– como también de pequeños colegios fundados por maestros estatales en las zonas menos favorecidas, con lo que dejaban el maltrato del magisterio público mal pagado por un mejor ingreso y también por más libertad para educar.

La pérdida de la calidad y sentido de la educación se debe en gran medida a la pérdida del sentido cristiano de la vida, de los ideales y del amor a la patria. Se ha pasado de ubicar el punto de atención en formar chicos que amen su país, al prójimo y que valoren el objeto del servicio público y del bien común a formar personas orientadas principalmente al progreso económico. Eso es preocupante.

¿Qué otro desacierto se cometió en nombre de la llamada revolución educativa del gobierno militar?

Con el pretexto que debía eliminarse lo menos importante, se suprimió la educación física. Fue una decisión que llevaría a que el deporte nacional se abandonara totalmente. Si bien esto se ha empezado a revertir, pienso que tenemos que volver al nivel que teníamos en este campo, en la música, en las artes, etcétera. Volver a formar profesores de Educación Física.

¿Cuál es su opinión acerca de experiencias como Beca 18 y los Colegios Mayores?

Son esfuerzos aislados meritorios que deben ser consolidados en una política educativa armónica. Lamentablemente los últimos gobiernos se han entregado a las grandes consignas de la Unesco y a los programas de estudio que fueron aprobados en 1990 en Tailandia. Han promovido el ingreso de una serie de ideologías permisivas, que no son trascendentes, y que todos los educadores del mundo las aceptan a rajatabla sin ver el daño que pueden hacer a la propia identidad nacional.

Para terminar, ¿cómo cree que podemos revertir el daño causado a la educación?

Podríamos seguir el ejemplo de Estados Unidos. Tomaron decisiones importantísimas después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se dieron cuenta de que tenían que mejorar su nivel educativo, pues estaba por debajo del de América Latina. Mejoraron sustancialmente los sueldos de los maestros y las

instalaciones de los colegios. Dictaron una serie de medidas para promover el estándar social y cultural de los maestros.

Tenemos que dejar atrás ese monopolio de enseñanza que enarbola el sindicato de la educación pública y elevar el nivel del magisterio aprovechando a los profesionales no educadores que conocen realmente su materia y podrían asimilarse al magisterio con una maestría en didáctica, por ejemplo.

Otro aspecto de la experiencia norteamericana a seguir es diversificar las facilidades tributarias. Por ejemplo, si una familia quiere poner a sus hijos en un colegio caro, el Estado debía darle exoneraciones tributarias parciales por el dinero que paga.

Una política educativa no radica solamente en cómo se enseña, sino que hay que ver las materias, las instalaciones, las experiencias de otros países, las facilidades para los padres de familia y su participación, experiencias de educación alternativa, como la experiencia de Prorural, y otros esfuerzos en beneficio de miles de alumnos, de sus familias y del país en general.

Muchas gracias por sus palabras y por su enorme contribución al país.

¡Qué ocurrencia! Gracias a ustedes por continuar con la revista.